



INNOVACIÓN SOCIAL PARA EL DESARROLLO LOCAL

María Dolores Pitarch
Garrido

CONTACTO

SITIO WEB:

<https://www.uv.es/iidlvalencia>

CORREO ELECTRÓNICO:

maria.pitarch@uv.es

Los procesos de innovación se encuentran en la base de la evolución humana, tanto en lo individual como en lo colectivo. Se entiende por innovación cualquier elemento novedoso que suponga cambio. Las innovaciones más conocidas que han generado grandes transformaciones en la historia de la humanidad son las tecnológicas. Desde la rueda a la nanotecnología pasando por la máquina de vapor, la electricidad o el motor de combustión, todos estos inventos han cambiado nuestra vida radicalmente en términos de salud, confortabilidad y comunicación. Menos visibles que las innovaciones tecnológicas, pero no menos importantes, son las **innovaciones sociales**. En efecto, en paralelo al primer tipo de innovaciones, y en parte como consecuencia, pero también como causa de las mismas, se han producido a lo largo del tiempo cambios en las formas de vida, en los comportamientos individuales y sociales, en la forma de relación entre las personas y en su capacidad e interés por absorber información y generar formas de expresión que nos definen, es decir, que delimitan lo que llamamos cultura. Esas innovaciones también han supuesto a lo largo de la historia novedades, pero no han sido tan evidentes y no todas tan transformadoras o disruptivas como algunas innovaciones tecnológicas. Sin embargo, su calado ha sido, con el tiempo, mucho más profundo y su impacto sobre la calidad de vida de las personas mucho más intenso, entre otras razones porque, en ocasiones, se encuentran en la base de procesos de creación de novedades técnicas de gran calado. ¿Habrían existido inventos como el teléfono móvil, el marcapasos o la fibra óptica sin la generalización de la educación, sin la seguridad social, sin los sindicatos o sin el salario mínimo?

Mientras que las innovaciones tecnológicas son más fáciles de identificar (al menos en principio, pues son inventos que se concretan en patentes), las otras no lo son tanto. La primera forma para identificar algo es ponerle un nombre. Con esta idea se creó el término *innovación social* en los años 80 del siglo pasado, paraguas nominal bajo el que se han agrupado realidades diversas desde iniciativas empresariales a movimientos sociales y nuevas formas de colaboración entre las personas. No se trata, generalmente, de innovaciones tangibles, de ahí su dificultad para identificarlas. Se trata de nuevas formas de hacer las cosas para generar beneficio en la persona y en la sociedad. Si estas nuevas formas de hacer o de relacionarse se institucionalizan pueden dar lugar a un nuevo y mejor entorno económico o a una política que regule formas de funcionamiento humano siempre con el fin de mejorar la vida de las personas. La innovación social es también innovación cultural en el sentido que genera unas nuevas formas de comportamiento, nuevas reglas que las personas interiorizan y utilizan en su acción y en sus juicios de valor.

Al igual que las innovaciones tecnológicas, las innovaciones sociales se producen o aparecen en territorios donde generan una transformación que se difunde hacia otros espacios. Tanto una como otra innovación dependen del talento y la iniciativa de personas que por necesidad o por visión son capaces de desarrollar iniciativas transformadoras. Y en ambos casos también, el lugar importa. Y mucho. Existen espacios, territorios, ciudades o barrios en los que las iniciativas innovadoras son más abundantes que en otros. Las diferencias han existido a lo largo

de la historia: desde Atapuerca al Silicon Valley pasando por la Florencia de los Medici o la Valencia de Lluís Vives.

Sin embargo, los cambios sociales son generalmente lentos y el proceso de calado es complejo hasta que es asumido. Los *territorios socialmente innovadores* son especiales. Se trata de espacios en los que se concentra un número de personas con elevada cualificación, donde el capital social y las redes de relaciones son intensas, donde los procesos de participación y de escucha entre los distintos actores sociales son habituales, donde hay confianza y se valora la aportación de los demás, donde la política prima y fomenta los valores vinculados a la creatividad, la participación, la sostenibilidad y la cultura.

En un contexto de globalización como el actual, es el nivel local el que facilita esos cambios que poco a poco producen grandes transformaciones. Es en los espacios locales, los pueblos, las ciudades y los barrios, donde aparecen y se desarrollan los ecosistemas innovadores, transformadores. Es en el entorno más cercano a las personas donde se producen los procesos de co-creación, de partenariados innovadores, de introducción y asunción de los valores éticos que consolidan la confianza y el capital social. Los retos a los que nos enfrentamos en el siglo XXI son más cruciales que nunca y nos empujan hacia una sociedad completamente diferente a lo que hemos conocido. El cambio climático, el envejecimiento de la población, la urbanización y la desigualdad, entre otros, son grandes temas que ocultan realidades que sólo un cambio socio-cultural, innovador, podrá solventar. Graves problemas como el consumo indiscriminado de los recursos, la generación extraordinaria de basuras, el dolor, la soledad, el hacinamiento y el abuso de los espacios naturales, la intolerancia y el odio al diferente, sólo pueden ser paliados con soluciones innovadoras, de cambio social (no tanto de cambio tecnológico).

Creatividad, respeto, ética y colaboración son las claves para la nueva política a nivel global y, sobre todo, local. El talento, la participación, la calidad ambiental y la confianza se anclan al territorio y generan bienestar y desarrollo.

El desarrollo local es innovador por definición. En este contexto que se ha descrito, la labor de la acción pública, de la política, es favorecer las características que configuren un entorno innovador, colaborativo e incluso militante del cambio social. La política local es un instrumento fundamental para conseguir esta transformación.

En esta labor, la **universidad** puede y deba colaborar, aportando conocimiento y también aprendiendo para seguir siendo útil y, a su vez, parte de un proceso de desarrollo que aspire a la utopía de un mundo mejor para todos sus habitantes.